

PARA UNA TEOLOGIA DE LA PERMANENCIA EUCARISTICA

por JESUS ESPEJA, O. P.

INTRODUCCION

El dogma eucarístico incluye tres verdades íntimamente unidas: conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre del Señor; presencia real de Cristo, como término de esa conversión; y permanencia bajo las especies sacramentales, mientras éstas se mantegan incorruptas.

Centramos la atención principalmente en este último punto: ¿la presencia de Cristo en la eucaristía se limita al momento de la comunión, o trasciende al sacrificio y banquete propiamente dichos? ¿la presencia del Señor bajo las especies sacramentales es una realidad que hacemos nosotros cuando comulgamos con fe, o más bien un don objetivo, rue Dios hace a su Iglesia y al mundo, independientemente de la buena acogida de los hombres? ¿el culto del pueblo cristiano a esta presencia permanente es invención de la Iglesia u obedece a la voluntad de Cristo? ¿este culto perjudica a la celebración comunitaria de la misa o más bien es algo exigido por el mismo sacrificio eucarístico? La respuesta a estos interrogantes es decisiva para la orientación de la piedad cristiana.

Con la Iglesia Católica profesamos nuestra fe santa: «una vez realizada la consagración, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo permanecen en el admirable sacramento de la eucaristía, no sólo mientras se comulga sino también antes y después, en todas las hostias y partículas consagradas, que se reservan después de la comunión»¹. Con-

1. Conc. Trid. Ss. XIII, *Cns. de ss. Euch. sacramento*, can. 4, Dz. 886.